

Tribuna

“Para mí, nada pido...”

El 20 de noviembre se cumplieron 30 años de la muerte, en 1967, nonagenario, del poeta autor de “Para mí, nada pido, /dadme una rama de árbol, una roca, /y la tendré por nido”. A veces olvidado, de vida curiosa y alma clara, nació en Angol el 8 de junio de 1877, hace 120 años. Cursó primeros estudios en su ciudad natal y colegios de Talcahuano; y mientras estudiaba leyes, en Santiago, redactaba artículos para “La Ley” y EL SUR de Concepción. Días atrás, en una reunión evocadora de talentos, alguien preguntó: -¿Quién de ustedes sabe el nombre del que compuso estos versos cantarinos y familiares, que solíamos escuchar en la más tierna infancia?

Recitó: “Soñé que era aún muy niño, que estaba en la cocina/escuchando los cuentos de la vieja Paulina. /Nada había cambiado; el candil en el muro, /el brasero en el suelo y en un rincón oscuro /el gato dormitando. La noche estaba fría /y el tiempo tan revuelto que la casa crujía...”. Inconfundible, evocador y romántico, tan conocido, sentí alegría al escuchar de labios de una muchacha, joven y bonita, el quiebre del acertijo sin tener que intervenir: - ¡Diego Dublé Urrutia!

Los versos que inician esta crónica pertenecen a “Fontana Cándida”, que Alone ha calificado de “poema perfecto, tercetos sentenciosos y alados, especie de epístola moral hermosísima, suficiente por sí sola para hacerlo perdurar”. El mismo título daría lugar, más tarde, a la recopilación antológica publicada en 1953, cuyo prólogo, de Francisco García Kautz, contiene amplia información sobre el poeta y sus ideales literarios. El mismo Alone advierte, que de su muy breve obra, no debe olvidarse ‘En el fondo del lago’, delicioso cuento infantil narrado en versos cristalinos”. Es, precisamente, aquel en que la vieja Paulina surge protagónica junto a la anécdota recién señalada.

Hijo de Baldomero Dublé Almeida, teniente coronel de Ejército e ingeniero y de Teorinda Urrutia Anguita. Su padre murió en 1881, en la Batalla de Chorrillos, Guerra del Pacífico, cuando él no cumplía cuatro años. Precoz, cuando cursaba humanidades en el Instituto Nacional, impulsó una academia literaria y un semanario satírico en verso. Si brillante estudiante de leyes, debió dejar los estudios al ser nombrado en cargo diplomático. Coronaría esta carrera, tras destinos en diversos países, co-

*¿Qué más, salvo traer,
en estas datas notables,
la estampa de un poeta
tan auténtico, silencioso,
digno y sin apuro por la
bien ganada gloria?
Recordar que llegó a los
90 años y que su musa,
Mercedes García
Huidobro Fernández,
con quien casó en
los años mozos y le
acompañó la vida entera,
era hermana de Vicente
Huidobro. “Pobre es mi
celda, pero /a veces
canta o se lamenta en
ella /el universo entero”.*



mo ministro Plenipotenciario en Ecuador y su retorno a las letras.

Influyó en su vida el encuentro en París, con Paul Claudel, caracterizado por su afán de convertir a poetas y escritores al catolicismo. Sus biógrafos señalan que si Dublé Urrutia dejó en sus poemas de juventud sentido de la religiosidad, la amistad con Claudel pudo ser origen de su conversión, que hizo pública el 6 de enero de 1928, según anota el crítico y Premio Nacional de Literatura, Hernán del Solar. Este estudioso de la vida y obra de nuestro personaje, dejó constancia que a partir de aquel día, Diego dedicó mucho tiempo a lecturas teológicas y de filosofía, que le dictaron un proverbial “estado de

gracia”.

Su obra poética se inició con “Veinte años” (1898); incluyó “Pensamientos de la tarde”, poemas que datan de 1895 y 1896; “Reminiscencias”, de 1897 y 1898 y “Melancolía”, de 1898 a 1900. Los primeros, mención honrosa en el Certamen Varela, ya citados en la crónica sobre Canto Epico a las Glorias de Chile, al evocar el triunfo de Rubén Darío, en ocasión del pasado Mes del Mar. Lo cierto es que el primero de esos libros de Dublé tuvo éxito en Chile y en el extranjero, y el segundo, “Del mar a la montaña” (1903), tras la publicación en Santiago, se editó en París. Hernán del Solar ha citado dos cartas. Una de Lima, de José Santos Chocano, decía: “Usted es el poeta de Chile”. Otra, desde Londres, de Rubén Darío: “Su patria tiene en usted al poeta que le faltaba”. Esto explica que pasados los años, en 1958, a la hora del recuento, incluida “Fontana Cándida”, hecha antología, recibiera el Premio Nacional.

El amor de nuestro héroe por la tierra ausente y experiencias juveniles en Talcahuano y la zona minera de la VIII Región, le dictó, según apunta Raúl Silva Castro, interés por la vida de los humildes, en particular, pescadores y mineros, así como de los aborígenes, “a quienes divisa como víctimas de una secular tragedia de injusticia social”. De los primeros, esta huella, patética: “Es triste y miserable, como la muerte triste, /la vida de las minas; el hombre allí no existe /la pobre bestia humana gastada y sudorosa /arrastra allí sus miembros entre la luz dudosa /de míseros candiles como cualquier gusano...”. Las epopeyas trágicas del mar y los afanes por los proletarios, interesaron tan temprano a Dublé, que le anticiparon, según reconocen Silva Castro y Del Solar, a Baldomero Lillo.

¿Qué más, salvo traer, en estas datas notables, la estampa de un poeta tan auténtico, silencioso, digno y sin apuro por la bien ganada gloria? Recordar que llegó a los 90 años y que su musa, Mercedes García Huidobro Fernández, con quien casó en los años mozos y le acompañó la vida entera, era hermana de Vicente Huidobro. “Pobre es mi celda, pero /a veces canta o se lamenta en ella /el universo entero”.